























–El de las muchas lenguas –tradujo Marco Trobo–. Es realmente apropiado. Solo hace falta que a ti no te desagrade.

–De ninguna manera. –Le contesté– ¡Me gusta!

–Hay otra cosa que no acabo de comprender, Cino... Políglota. –comenzó a decir mientras se servía un poco más de vino– Dices que tu padre nació en Ostia y paso muchos años navegando por el mar. Lo que no consigo entender, es cómo un marinero experimentado acabó sus días en las secas llanuras de Clunia.

Con una seguridad y un aplomo, que en cualquier otro momento me habría asustado a mí mismo, comencé a relatarle, con todo lujo de detalles, la última travesía marítima de mi padre. Le conté cómo mi progenitor partió de la ciudad africana de *Leptis Magna*, rumbo al puerto galo de *Massilia*, y como en medio de la travesía, fueron atrapados por una enorme tormenta que los arrastró hacia el oeste. La furia de *Neptuno* les llevó velozmente hasta las costas de *Hispania*, haciéndoles naufragar en un punto del litoral entre las colonias de *Tarraco* y *Barcino*. Allí, socorridos por los lugareños, los pocos supervivientes que hubo, lograron alcanzar la playa y aferrarse al último aliento de sus vidas. Fue entonces cuando mi padre tomó la decisión de abandonar el mar y dedicarse a un trabajo menos peligroso.

Como si de una inspiración divina se tratase, a los pocos días de estar completamente recuperado, encontró trabajo en la empresa de un mercader de *Tarraco* dedicado a distribuir mercancías orientales por el interior de la provincia. En uno de esos viajes, el suave viento amoroso de *Venus* le hizo conocer a mi madre, mientras descansaban en la ciudad.

–De ese modo, –proseguí– cuando regresaron de vuelta, mi padre decidió abandonar la empresa e instalarse en Clunia. El resto es... , pura historia familiar.

–Aunque no menos importante. ¡Al menos para ti! –sentenció Marco Trobo– ¡Muy bien muchacho! A partir de ahora deberás forjarte una historia propia y espero que cumplas las expectativas que tu maestro ha puesto en ti. Comenzarás mañana a primera hora, pero si lo deseas, puedes bajar abajo y conocer a los que serán tus compañeros. Ahora, si me disculpas, tengo trabajo que resolver.

Dándose la vuelta, Marco Trobo se encaminó nuevamente a su silla, mientras yo, obediente, me apresuré a dejar la copa vacía en el mueble y a salir de aquel despacho al que tendría que volver innumerables veces, a lo largo de los próximos meses.



No lo voy a negar. Bajé las escaleras, iluminadas por la luz de la puerta de entrada, lleno de gozo. ¡Había conseguido mi objetivo! Así, como flotando en una nube, llegué al primer piso donde un pequeño vestíbulo apareció ante mis ojos en el mismo sitio donde una hora antes apenas había distinguido nada. Ahora, conseguido mi propósito, el agudo sentido de la observación que tanto gustaba a mi maestro, volvía a aflorar con fuerza y me hacía percibir, delante de mí, tres puertas que parecían simular una encrucijada interior.

Frente a mí estaba la primera: la entrada del edificio. Vomitando hacia el interior la luz diurna, dejaba ver por su hueco un pequeño patio exterior a modo de falso atrio de unos quince pasos de largo por veinte de ancho, adornado con una docena de macetas florales y tres pequeños bancos de piedra. Al fondo de aquel patio, y por encima de la tapia que lo cerraba, se veía la imponente mole columnada de la *Basílica* cesaraugustana, el edificio donde se impartía justicia, y que con su robustez, nos separaba del *Foro* colonial situado al otro lado.

La segunda puerta, situada a mi izquierda, daba acceso a una estancia sobria, casi lúgubre, iluminada tan solo por dos pequeños ventanucos. Era un habitáculo amplio, con unos seis pasos de anchura y al menos doce o quince de profundidad, aunque parecía más grande por el hecho de estar prácticamente vacío. Solo había en él un banco de madera sujetado a la pared y varios taburetes esparcidos por la habitación. Como pude comprobar de inmediato al asomar la cabeza, aquella estancia estaba destinada a ejercer el papel de cuartel a la decuria de guardias *pretorianos* que el Legado jurídico tenía asignada para su uso y protección. Tres de aquellos *pretorianos* estaban ahora descansando, sentados en el banco de la pared, charlando muy animosamente y sin percatarse de que mis ávidos ojos los estaban observando, mientras otros dos, permanecían firmes en el umbral de la puerta principal, tal como yo los había visto poco antes, al entrar en el edificio.

La tercera puerta, situada a mi derecha, era la que más me importaba. Era la puerta que abría mi futuro. Me acerqué a ella con cierto respeto y ví una estancia de dimensiones similares a la que ocupaban los pretorianos, pero al mismo tiempo, completamente diferente. Parecía como si un caos primigenio se hubiese adueñado del lugar. Había una enorme estantería de siete pisos repleta de pergaminos que cubría tres de las cuatro paredes de la sala, llegando hasta el techo situado a unos 10 pies\* de altura. En el centro de la habitación, había una gran mesa de madera cubierta de pergaminos abiertos y cerrados, numerosas tablillas de arcilla y una multitud de *stilus*, plumas y tinteros. Había también cuatro pupitres de trabajo distribuidos por toda la habitación, así como un largo perchero colgado en la única pared que quedaba libre de estantería, justo debajo de un gran ventanal que proporcionaba luz al habitáculo.

También había en aquel cuadro, dos hombres que, ocupados en su trabajo, ni siquiera se habían percatado de mi presencia. Uno era alto, aunque no tanto como yo. Parecía delgado, pero sin llegar a mí extremo. Tenía el pelo moreno y corto, a excepción de unos cuantos mechones de cabello más alargados que le cubrían la nuca. Vestido con un *peplum* de color blanco marfil, dejaba ver en sus piernas, sus brazos y su rostro, un color de piel algo cobrizo, similar a la piel de los rudos campesinos quemados por la fuerza del sol veraniego. En aquella primera visión no le pude ver bien el rostro, pues estaba trabajando casi de espaldas a mí, ordenando varios pergaminos en la estantería situada en la pared de enfrente. El otro individuo era más bajo. A pesar de estar sentado en un pupitre, deduje que su estatura era mucho más corta que la mía, aunque su peso, excedía con mucho la de un humilde flacucho como yo. Se le veía regordete, con unos brazos y unas piernas redondeadas y rellenas. Su cabeza se mostraba grande, cubierta con una profusa cabellera rizada de color castaño, con unos ojos grandes y un poco saltones, con la nariz regordeta y redonda, los mofletes rellenos y una boca amplia y carnosa. Enfrascado en la lectura de un pergamino, ni siquiera me vio, y durante unos segundos, jugué con mi cerebro contemplando aquel redondo rostro, tratando de adivinar si estaba más cerca de los veinte años o ya había sobrepasado los veinticinco.

Respirando profundamente, me decidí y entré, saludando con cortesía a los que iban a ser mis compañeros. El más alto, se volvió hacia mí dejando los pergaminos que estaba clasificando y se acercó rápido para estrecharme la mano con una amplia sonrisa en su boca. Su rostro era afable, agradable. Su piel cobriza conjugaba a la perfección con unos ojos pequeños y marrones que dejaban traslucir una vivacidad y una inteligencia bastante apreciable. Su nariz era recta y bien proporcionada. Y su boca no era ni muy grande, ni muy pequeña. Calculé, a primera vista, que debía rondar los 30 años. Tiempo después, supe que tenía 33. En un primer momento pensó que yo era uno más de los muchos ciudadanos que acudían a aquella oficina para resolver sus problemas, pero cuando le expliqué el verdadero motivo de mi presencia, su actitud se tornó, si cabe, mucho más amable.

–¡Por *Júpiter*! ¡Haberlo dicho antes! –exclamó– Adelante, muchacho. Eres la mejor noticia que podíamos recibir.

Colocándome el brazo sobre los hombros, me hizo pasar al interior con una amabilidad natural que me hizo sentir bien. A gusto. A diferencia de la reunión que acababa de tener con el Legado en el piso superior, allí me encontraba mucho más relajado. Me encontraba entre mis iguales y la afable acogida que me brindó Lúculo, –que así era como se llamaba– no vino más que a refutarlo.

–No voy a engañarte... ¿Como has dicho que te llamas? –preguntó.

–Cino. Flavio Cino.–contesté.

–Como decía, no voy a engañarte, Flavio. En esta oficina hay trabajo para cuatro o cinco personas, por lo menos. Pero como nuestro ilustre patrón no quiere gastarse más denarios de los necesarios, tendrás que hacerte a la idea y trabajar duro para complacerle.

–¡Estoy dispuesto! ¡Vengo preparado para conseguirlo! –exclamé.

–Pues entonces, –comenzó a decir el regordete, sin levantar los ojos del pupitre– deja de hacerle la pantomima, Lúculo, y que se ponga a trabajar ahora mismo.

–¡Por las muelas de *Caronte*! –exclamó Lúculo, mirando fieramente a su compañero– ¿Es que no vas a ser amable ni con nuestro neófito ayudante?

Dejándolo absorto en su trabajo, Lúculo tiró de mí empujándome suavemente de los hombros y me hizo recorrer toda la estancia mientras me explicaba las tareas que realizaban allí. Me puso al corriente de cómo preparaban los juicios que el ilustre Legado presidía en segunda instancia, y cómo ellos, siempre con la mayor minuciosidad posible, debían estudiar todas las pruebas, todos los alegatos y la consiguiente sentencia del primer juicio, para prepararle a nuestro superior, un informe lo más detallado posible sobre el caso que se enjuiciaba. Eso se transformaba en muchas horas de lectura, en muchos ratos de estudio y en una sutil disección de todos los datos, para tratar de hallar la verdad. Debo confesar, sin ninguna pretensión vanidosa, que si bien yo ya venía predispuesto a favor del trabajo que iba a comenzar, aquella exposición de Lúculo, con su amable retórica, terminó por convencerme de que aquel era mi futuro. ¡Lo presentí!

Después de aquella explicación, Lúculo me enseñó como se ordenaban y guardaban todas las sentencias de los juicios ya realizados, por si en un futuro alguien deseaba alguna revisión del caso. En aquel momento, comprendí el significado de aquella enorme estantería, cuadrículada con una infinidad de casilleros rebosantes de un número incalculable de rollos oficiales. A renglón seguido, me enseñó un pequeño armario medio camuflado en una esquina de la gran estantería, donde se guardaba todo el material necesario para la labor de la oficina: pergaminos, rollos de papiro, tinteros, plumas, secantes, punzones, tablillas de arcilla. Todo estaba allí, perfectamente guardado. Y por último, nos encontramos, otra vez, delante del pupitre donde trabajaba el regordete. Lúculo extendió los brazos hacia el, y con un claro gesto de mofa, inquirió:

–Y por último, mi querido Flavio, aquí nos encontramos. Ante la persona más deprimida de toda la ciudad de *Cesaraugusta*. ¡Nuestro compañero Crásico! ¡Créeme, muchacho! Si algún día estás muy apesadumbrado por algo, ves a hablar con Crásico y comprenderás que no vale la pena caer tan bajo.

Aquella representación de Lúculo me sentó tan bien, que estuve a punto de echarme a reír, si no fuera por la cara enojada de Crásico y su enrojada mirada.

Porque si los ojos de un simple mortal, pudieran expulsar los ardientes rayos de Júpiter, aquella mañana de Abril, todas las remesas del Olimpo se habrían dirigido a las cuencas orbitales de Crásico para fulminar a su compañero. Comprendiendo la situación, los dos emprendimos una prudente retirada.

–Muchacho, –me aconsejó– será mejor que nos retiremos a nuestro trabajo. Corren malos vientos por esta zona.

–La verdad es que hasta mañana no debo comenzar mi tarea –le informé–. Antes tengo que solucionar un par de asuntos.

–¿Y cuáles son esos asuntos? –preguntó– Quizás pueda ayudarte a resolverlos.

–El más importante será encontrar un alojamiento estable, si quiero vivir y trabajar aquí. Pero el más acuciante, es tratar de calmar el hambre de mi cuerpo. Llevo casi un día sin probar bocado.

– Pues entonces, deja que te ayude a resolver el problema acuciante –dijo–. Conozco una taberna exquisita para curar el mal de estómago. Así dejaremos que Crásico termine apacible su trabajo.

Cogiéndome del brazo, salimos de la oficina al callejón, bajo la sombra de la *Basílica*, y nos dirigimos a la puerta del *Foro* colonial, pero no entramos, sino que continuamos adelante hasta llegar a la calle *Cardo*, donde se confrontaban las esquinas de los dos *Foros* de la ciudad: el colonial y el comercial. Cruzamos la calle y nos dirigimos a la esquina del *Foro* comercial, donde había una taberna muy concurrida. Debo confesar que aquel día, me habría comido las pezuñas de un asno, pero he de reconocer que el potaje de judías y las perdices en adobo que Lúculo me pagó, estaban deliciosos.

Además, para acabar de redondear la comida, aparecieron por allí dos *pretorianos* de la oficina que regresaban a su puesto después de una misión. Al ver a Lúculo se acercaron, y él, aprovechó para presentarnos. Uno de ellos se llamaba Lucio, y a pesar de no ser demasiado corpulento, en su rostro se notaban las facciones duras de un campesino. El otro, era distinto. Era un prodigio de la naturaleza. Me sacaba más de medio pie\* de altura y estoy convencido que sobrepasaba las 300 libras\* de peso. Sin embargo, su rostro resultaba juvenil, casi infantil. Aunque el rasgo que más le diferenciaba, era una frondosa cabellera ondulada de color rojizo que justificaba con creces el apodo que le habían puesto. Creo que se llamaba Publio, pero todo el mundo habido y por haber, le llamaba por su apodo: “Púrpuro”. Era un bonachón. Todo lo que tenía de fortaleza, lo tenía también de honestidad. Nos caímos bien mutuamente y charlamos un buen rato, incluso cuando Lúculo nos abandono para volver al trabajo.

Debo confesar sin tapujos, que aquel primer encuentro con el bueno de Púrpuro, fue como un regalo de los dioses. Me permitió descargar toda la tensión que llevaba acumulada en los últimos días, y además, encontramos tantos puntos en común a pesar de la diferencia de edad, –Púrpuro tenía 28 años– que puedo

asegurar rotundamente, el hecho innegable de nuestra conexión espiritual. Nuestros genios se complementaban. Y allí, en aquella taberna cesaraugustana, nació una amistad que traspasaría la barrera del tiempo. Durante muchos años, y a pesar de que nuestros caminos se separaron, continué manteniendo una buena amistad con aquel bonachón pelirrojo.



Aquellas dos horas que permanecí en la taberna se me pasaron volando. ¡Lo confieso! Atravesaron mi tiempo como un suspiro de *Mercurio*, hasta que mi mente reaccionó ante un hecho ineludible: todavía no tenía un lugar donde pasar la noche. Aprovechándome de la disposición de mi nuevo amigo, le rogué que me indicara la dirección privada de un abogado con el que tenía que contactar. No solo me la indicó, sino que se mostró decidido a acompañarme. Llevaba un día monótono y no estaba dispuesto a pasarse toda la tarde dando vueltas como una peonza. Y así, sin esperarlo, cuando salí de la taberna me encontré acompañado de un magnífico guía que me ayudó a recorrer las calles de la colonia.

Junto a la recomendación pedagógica destinada al Legado Marco Trobo, mi maestro me había entregado otra carta personal, dirigida a un antiguo alumno suyo. Yo solo conocía su nombre: Aíto Bebio. Y una dirección totalmente desconocida para mí. Pero, conforme nos íbamos adentrando en las calles del barrio más selecto de la ciudad, el bueno de Púrpuro me fue informando que aquel antiguo discípulo de mi maestro, se había convertido en uno de los más ilustres abogados de *Cesaraugusta*. Cuando llegamos a nuestro destino, –una pequeña pero lujosa residencia próxima a la zona oriental de las murallas– entregué mi carta a uno de los esclavos y al instante, fuimos recibidos por el dueño de la casa. Aíto Bebio rondaba los cuarenta años y poseía cierta áurea ceremonial. Nos recibió en su sala de recepciones, donde lo encontramos leyendo la carta que yo había entregado, con una amplia sonrisa en la boca. Era un poco bajo. Yo le sacaba media cabeza y no digamos ya mi amigo Púrpuro, que se quedó en la puerta de la sala para no intimidarlo con su altura. Iba vestido con una túnica larga y bastante amplia de color blanco, atada en la cintura con un cordón, lo que producía ciertas bolsas en la tela que disimulaban grácilmente la ligera obesidad que tenía, como símbolo visible de alguien que ha alcanzado cierto status social. Su rostro era redondeado y remataba su cabeza con una incipiente calvicie. Cuando nos vio, levanto la mirada del pergamino, mostrándome unos ojos azulados llenos de vivencias y experiencias. Dejó la carta en una mesita que tenía a la derecha y se acercó a mí con las manos abiertas, cual mecenas agradecido.



–¡Loados sean todos los dioses por tu visita! –exclamó– ¿Cómo se encuentra nuestro ilustre maestro?

–Se encuentra bien, Aíto Bebio. –contesté– Siempre ha tenido un rincón de su memoria para vos.

Antes de que pudiese impedirlo, me agarró con sus manos y me dio un abrazo tan fuerte que pensé que me rompía un hueso. Tuve que hacer un esfuerzo para separarme, pero cuando lo conseguí, no perdí el tiempo y le interrogué por la posibilidad de un alojamiento, aunque fuera temporal. Recuerdo que la sonrisa de su redondeado rostro desapareció de inmediato.

–Juro por todos los *lares* de esta casa, –comenzó a decir– que si en mi mano estuviese, ahora mismo tendrías un cubículo personal para alojarte. Pero la gracia de la diosa *Juno*, nos concedió la alegría de tres maravillosos hijos con los cuales hemos llenado a rebosar esta humilde vivienda. Y no voy a caer tan bajo como para ofrecerte un aposento junto a mis esclavos. Sin embargo, –continuó, colocándose la mano en la barbilla– creo que podremos solucionar tu problema, muchacho.

Acercándose a la puerta de la sala, comenzó a llamar a gritos a uno de sus esclavos que acudió, raudo, a la voz de su amo.

–¡Ven conmigo, Marcio! –le ordenó, agarrándole del brazo y saliendo apresuradamente hacia el atrio de la casa– Voy a darte una lista de varios de mis clientes y vas a tener que visitarlos inmediatamente. Deberás transmitirles un mensaje muy preciso. ¿Lo has entendido?

Recuerdo muy bien, como aquel primer encuentro con Aíto Bebio en su casa resultó ser bastante agradable. Después de despachar a su esclavo, vino a buscarnos para invitarnos a acompañarle al jardín *peristilo* de su vivienda, donde esperaríamos la respuesta de sus gestiones. El lugar no era muy grande, pero era acogedor. Varios rosales, una pequeña fuente y dos o tres cepas de vid que subían emparradas por las columnas, decoraban la estancia donde un cálido sol vespertino inundaba con su luz el recinto. Nos sentamos en la *exedra*, y con una copa de un delicioso vino dulce que nos trajo una esclava, Bebio comenzó a acribillarme a preguntas que no me dejaba responder sobre nuestro querido maestro. Quería saberlo todo sobre él. Donde estaba; como estaba; que había hecho durante los últimos veinte años. Durante más de una hora, traté de sobrevivir a toda aquella artillería verbal que estuvo a punto de hacerme sucumbir, pero, por fin, llegó mi salvación. El esclavo regresó, con muy buenas noticias. Uno de los clientes de Aíto Bebio, accedió a alquilarme una habitación para dormir por un precio asequible.

Sentí como se me iluminaba la cara. Después de la caminata que me había dado, de los nervios que había pasado en el despacho del Legado y de las atribuladas cuestiones que había tenido que soportar en aquel *peristilo*, la noticia

me pareció genial. Me incorporé con rapidez y solicité al esclavo que me dijera la dirección de mi futuro aposento. No sé si la estampida que protagonizamos, tanto Púrpuro como yo aquella tarde, molestó a nuestro anfitrión. Lo que sí recuerdo, es que mi cuerpo lo que quería era descansar y por eso salí de aquella casa a todo correr, precedido de mi ocasional guía, que me llevaba raudo por las calles de aquella pequeña urbe que se había convertido en mi inmediato futuro. Recuerdo que, durante nuestra carrera, atravesamos la zona más lúdica de la ciudad, dejando el concurrido edificio de las *termas* a nuestra derecha, y el imponente teatro cesaraugustano a nuestra izquierda. Luego cruzamos la calle *Cardo* para introducirnos en una red de callejuelas donde las casas habían dejado de ser lujosas. Al fin, después de diez minutos de veloz itinerario, me encontré delante de la fachada de una pequeña *ínsula* de dos pisos que parecía ser el final de mi trayecto. Ví, con curiosidad, como al lado de la puerta de acceso al inmueble había dos tiendas que ocupaban los bajos del edificio. A la derecha, un espigado comerciante cuyas raíces se hundían en la tribu de los *ilergetes* tenía un puesto de aves donde amontonaba gran cantidad de jaulas con pollos, gallinas, palomas, perdices e incluso algún que otro faisán para los ricos hacendados. A la izquierda, una robusta matrona cesaraugustana se dedicaba a vender pescado fresco del *Iberus* y salazones marítimas que traía expresamente desde *Tarraco*. Encima de aquellas tiendas, dos pisos de viviendas alojaban ocho moradas de una buena calidad, a diferencia de otras *ínsulas*, sobre todo las de Roma, donde al ganar altura, se perdía calidad.

Había llegado a mi destino, así que me despedí amablemente de Púrpuro, que ya mostraba cierta prisa por volver a su puesto, y respirando hondo, me acerqué a la puerta principal para acceder al inmueble. Al entrar en el patio central de la *ínsula*, la visión que me encontré me sorprendió. El patio estaba ocupado por centenares de flores aromáticas que daban al ambiente un olor agradable y primaveral. Como pude saber, tiempo después, los vecinos cuidaban todas aquellas flores para tratar de mitigar el mal olor que subía, sobre todo en los días de calor, desde la tienda de aves y desde la pescadería. Asimilando aquella grata sorpresa, subí las escaleras hasta el primer piso y me acerqué a la primera vivienda situada a la derecha de la fachada, donde se encontraba mi deseado aposento. La puerta estaba abierta, como casi todas las demás, peor por educación, yo llamé. A los pocos segundos, aparecieron ante mí una pareja de adorables ancianos que me recibieron con generosidad. Y digo que eran adorables, porque en realidad lo eran. Durante el tiempo que estuve viviendo en aquella habitación, en aquella *ínsula*, me pareció estar viviendo en mi propia casa y no en un cubículo alquilado.

El viejo se llamaba Cario, y en sus años de juventud, había sido legionario, allá por los tiempos del emperador Vespasiano. Era más o menos de mi misma

estatura, aunque sus sesenta años de edad comenzaban a encorvarlo un poco. No era de constitución recia, pero sus músculos todavía conservaban parte de la fuerza que otrora tuvieron. Donde más se le notaba la vejez era en el rostro, plagado de arrugas por todas partes y con una cicatriz –recuerdo de su pasado militar– que le afeaba la parte izquierda de la mandíbula inferior. A pesar de ello, era un buen hombre, y sobre todo, un socarrón redomado, que se pasaba las preocupaciones de la vida por debajo del sobaco.

Su mujer se llamaba Celina, y solo puedo decir que era un pedazo de pan. A pesar de su cuerpo menudo –a penas llegaba a los 5\* pies de altura– su corazón rebosaba bondad a raudales. Desde el primer momento, descargó sobre mí todo el cariño que llevaba años sin poder entregar a su único hijo, desplazado a *Tarraco* por motivos laborales. Era diez años más joven que su marido y se conservaba mejor que él. Todo en ella era redondeado: su rostro, sus brazos, sus piernas, sus manos. Y sin embargo no se la veía ni obesa, ni grotesca. Tenía unos ojos grandes de color marrón, que cuando te miraban, te inundaban con una dulzura excepcional. Desde el primer segundo que la ví, supe que me encontraba ante una buena mujer. Me invitaron a entrar en su humilde casa y desde aquel momento, algo en mí se transformó.

Juro por todos los dioses, que aquel primer día en la ciudad de *Cesaraugusta*, es uno de los recuerdos más agradables que poseo de mi existencia. Cuando, por fin, pude llegar a mi habitáculo y tumbarme en el camastro, toda la fuerza de mi cuerpo pareció abandonarme. Solo mi mente conservó el suficiente rigor, como para realizar un escueto resumen de todo lo acontecido durante el día. Recordé la entrevista con Marco Trobo. Recordé la grata comida en la taberna con Lúculo y con Púrpuro. La entrevista con Aíto Bebio y su afán por saber algo de nuestro maestro. Y, desde luego, el descubrimiento de aquella isla de bondad que representaba la vivienda de Cario y Celina. Todo eso me hizo reflexionar y recuerdo que un profundo sentimiento de nostalgia me inundó. Me acordé del cariño de mi madre. Recordé el afecto de mi padre. Sentí la falta de mis amigos, de mis compañeros, de mi maestro. También sentí nostalgia de mi añorada *Clunia* de sus calles, de sus *Foros*, de sus campos. Recuerdo que con aquel profundo sentimiento, el cansancio de mi cuerpo fue llamando al reparador sueño, que, poco a poco, fue llegando, mientras unas pequeñas lágrimas salían de mis ojos, para recorrer mis mejillas.